

**DOSSIER**

*La lengua americana:  
literatura, subjetividad, instituciones*

**MOVILIDAD SOCIAL, “BARBARISMOS”  
IDIOMÁTICOS Y PRENSA POPULAR. ORTIGA  
ANCKERMANN EN BUENOS AIRES (1920-1940)**

**SOCIAL MOBILITY AND  
LINGUISTIC “BARBARISMS” IN POPULAR PRESS (1920S AND 1930S). ORTIGA  
ANCKERMANN IN BUENOS AIRES**

**Miranda Lida**

**Universidad de San Andrés – CONICET**

*Doctora en Historia, es investigadora independiente del Conicet y forma parte del Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés. Entre sus libros se cuentan: Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo (México, 2016 y Buenos Aires, 2014); Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el XX (2015) y Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo (2013).*

Contacto: [mlida@udesa.edu.ar](mailto:mlida@udesa.edu.ar)

ORCID: [0000-0001-6788-8356](https://orcid.org/0000-0001-6788-8356)

## RESUMEN

## PALABRAS CLAVE

Idioma  
 Democracia  
 Magazines  
 Buenos Aires  
 Ortega Anckermann  
 Leopoldo Lugones

*En la década de 1920, en Buenos Aires, la cuestión de la “corrección” idiomática se volvió un tema recurrente en diferentes espacios públicos. La popularidad del tango, de la radio, de la prensa de masas y los libros populares, mostró que la lengua podía ser objeto en los medios de comunicación. En especial, nos interesa llamar la atención de la columna editorial publicada por más de veinte años por el periodista Francisco Ortega Anckermann, bajo el seudónimo de “Pescatore di Perle”, en las revistas El Hogar y Atlántida, con una intención pedagógica frente a sus lectores, donde de modo satírico enseñaba los usos correctos del lenguaje. Encubrió sin embargo una crítica de costumbres en la que su autor ponía en jaque las consecuencias de la democratización social en la Argentina, recuperando la idea de Leopoldo Lugones de “cursiparla”.*

## ABSTRACT

## KEYWORDS

Language  
 Democracy  
 Magazines  
 Buenos Aires  
 Ortega Anckermann  
 Leopoldo Lugones

*In the 1920s, at Buenos Aires city, the issue of idiomatic correction became a recurring theme in different public spaces. The popularity of tango, radio, the mass media and popular books showed that language could be the object of public interventions and debates. In particular, we are interested on drawing attention to the editorial column published for more than twenty years by the journalist Francisco Ortega Anckermann, under the pseudonym “Pescatore di Perle”, at the magazines El Hogar and Atlantida with a pedagogical goal in front of his readers, while in a satirical way he taught the correct uses of language. He masked, however, a criticism of customs in which his author put in check the consequences of social democratization in Argentina, recovering the idea of “cursiparla” by Leopoldo Lugones.*

Fecha de envío: 20/06/21

Fecha de aceptación: 09/09/21

### Introducción y contextualización del problema

Hacia la década de 1920, la cuestión de la corrección idiomática se volvió un tema recurrente en diferentes espacios públicos. La popularidad del tango, de la incipiente radio, de la prensa de masas y de los libros populares, junto con los avances en la escolarización y la alfabetización y, a la par de ello, la creación en el seno de la Universidad de Buenos Aires de un centro de investigación especializado, el Instituto de Filología, fundado a instancias de Ricardo Rojas y del español Ramón Menéndez Pidal, pusieron en escena el hecho de que la lengua podía ser objeto de intervenciones y debates públicos, incluso en los medios de comunicación dirigidos al público de masas (Ennis, 2019; Ennis y Toscano, 2019; Ennis, 2020; Ennis, Santomero y Toscano y García, 2020). Luego de la consagración del *Martín Fierro* como obra emblemática de la literatura nacional, en 1913, los debates en torno de la lengua avanzaron más allá de la gauchesca e incorporaron en su seno el problema de la legitimidad del habla de los sectores populares urbanos, en especial, del lunfardo, lo cual hace entrever veladas disputas sociopolíticas en torno de la lengua (Arnoux, 2016 y 2006), que se extendieron a la definición de los estándares de corrección en el habla popular urbana de una ciudad babélica como Buenos Aires, que contaba con un enorme caudal de población de origen inmigratorio y por tanto plurilingüe. En este contexto la cuestión de la corrección idiomática se volvió un tema recurrente en la prensa popular, lo cual puede advertirse en especial a través de la columna de Ortega Anckermann, dado que fue la que más se destacó en dicha labor en publicaciones centrales del período estudiado, en coincidencia a su vez con la aparición de libros populares que enseñaban en lenguaje llano a evitar lo que concebían como “barbarismos” y, de manera didáctica, alertaba acerca de los más frecuentes errores gramaticales o de ortografía, cometidos incluso por diarios o revistas de mayor circulación, con la finalidad de instruir tanto al lector, como a los periodistas que cometían tales deslices.

Ahora bien, esta preocupación por la corrección idiomática no respondió solamente a la expansión de la lingüística y la filología académicas sino, argüiremos, a las propias demandas de la sociedad que se volvió sensible a la cuestión del idioma y lo convirtió en una arena de disputa. Como escribiera con lucidez Jorge Rivera:

En ese universo versátil, aluvional, ya post-inmigratorio, en el que se puede hablar de una norma típicamente rioplatense, *el problema de la “corrección” parece estrechamente relacionado con los temas de las clases y la movilidad social*. Reivindicar la

adhesión y la obediencia a ciertas normas se transforma a lo largo de los años veinte en *un símbolo de pertenencia social* más que gramática. (Rivera, 1992).

En este contexto, los manuales escolares de urbanidad incorporaban páginas dedicadas a la “corrección” en el habla porque hablar bien era indispensable para un adecuado comportamiento social y debía ir de la mano de la “buena presencia”, el decoro, los modales y los valores propios de los sectores sociales que se identificaban (o aspiraban a ser identificados) como “decentes” (Adamovsky, 2009). Ello era indicador de hasta qué punto la cuestión del idioma se entrelazaba con las expectativas de movilidad social ascendente, puesto que los sectores medios que anhelaban consolidarse como tales se aferraban a patrones de “buen decir” y procuraban mostrarse celosos guardianes de las formas idiomáticas “correctas” (el “mal” hablar, de hecho, sabía a plebeyo y era considerado de mal gusto).

Sin embargo, estos estándares resultaban forzados, incluso con algo de impostado, puesto que no faltaba quien hiciera un esfuerzo sobreactuado por hablar “correctamente”. El intelectual mexicano Alfonso Reyes, buen observador de la sociedad argentina durante su permanencia en Buenos Aires a fines de los veinte, escribió que “en las escuelas y centros de declamación del Río de la Plata, les enseñan a las criollitas a pronunciar “cabalio”, pensando que esto suena más castizo (y creo que no) que el familiar “cabajo” (con j francesa)” (Venier, 2008: 77). Tan grande era la demanda por el dominio en la expresión oral que en 1925 se introdujo en los colegios nacionales la asignatura “Declamación”, con el propósito de mejorar la expresión oral de los alumnos. Esta novedad no pasó inadvertida en las páginas de *El Hogar*, que señaló que no bastaba con una enseñanza escolar estandarizada para que los jóvenes porteños conocieran las reglas del uso oral del idioma, dado que dichos cursos derivaban por lo común en una repetición mecánica de textos, que no eludía una cierta impostación: “constituyen epidemia y son de temer” (Gabriel, 1925: 25), sentenciaba. Comenzó a hablarse de una creciente cursilería en el lenguaje, que en los años veinte se tradujo en el neologismo *cursiparla*, creado por el influyente poeta argentino Leopoldo Lugones para referir a un modo de hablar formalmente correcto, pero al mismo tiempo artificial, cuestión que estuvo en el centro de los debates sobre la lengua que se desarrollaron en la cultura de masas de Buenos Aires en las décadas de 1920 y 1930.

Que la corrección idiomática tenía cultores en los sectores sociales en ascenso, preocupados por guardar las formas sociales, y no sólo entre lingüistas o académicos, lo revela bien el hecho de que proliferaran los “idiomólogos” o “hablistas”, como se llamó popularmente a los periodistas e intelectuales que se dedicaban a enseñar a hablar a los lectores de la prensa de masas, con presencia no sólo en las columnas de las revistas populares

sino también en los manuales que enseñaban las reglas gramaticales, advertían acerca de los “barbarismos” y ponían límites a la hora de admitir posibles neologismos. En este sentido, se destacó la frondosa obra del profesor de origen catalán Ricardo Monner Sans, que enseñaba Lengua en el Colegio Nacional de Buenos Aires y era autor de varios textos relacionados con la corrección en el uso de la lengua, con especial foco en los “barbarismos” (Lidgett, 2013). Sus títulos alcanzaron múltiples ediciones dirigidas al lector medio, advirtiéndole de los disparates más corrientes en el habla popular (Monner Sans, 1947).<sup>1</sup> A tal punto era conocida su preocupación normativa por el habla del habitante de la ciudad de Buenos Aires que no faltaron sus críticos; entre ellos se destacó el escritor Roberto Arlt, quien en una de sus *Aguafuertes porteñas* se echó a reír abiertamente de la vocación “depuradora” de Monner Sans acerca del idioma. Con una metáfora irreverente en la que comparó la gramática con el boxeo, y rescató los aportes al habla popular urbana de los cronistas populares, insinuó que se podía aprender mucho más en materia de idioma de un cronista de turf como *Last Reason* que de cualquier “idiomólogo”:

Querido señor Monner Sans: la gramática se parece mucho al boxeo. Yo se lo explicaré. Cuando un señor sin condiciones estudia boxeo, lo único que hace es repetir los golpes que le enseña el profesor. Cuando otro señor estudia boxeo, tiene condiciones y hace una pelea magnífica, los críticos del pugilismo exclaman “¡jeste hombre saca golpes de todos los ángulos!”. [...] Con los pueblos y el idioma señor Monner Sans ocurre lo mismo. Los pueblos bestias se perpetúan en su idioma [...] pero en cambio los pueblos que, como el nuestro, están en continua evolución, sacan palabras de todos los ángulos, palabras que indignan a los profesores [...] A mí me parece lógico que ustedes protesten. Tienen derecho a ello ya que nadie les lleva el apunte. [...] *Last Reason*, Félix Lima, Fray Mocho y otros han influido mucho más sobre nuestro idioma que todos los macaneos filológicos y gramaticales. [...] Este fenómeno nos demuestra hasta la saciedad lo absurdo que es enchalecar en una gramática siempre canónica las ideas siempre cambiantes y nuevas de los pueblos. Cuando un malandrín que le va a dar una puñalada en el pecho a un consocio le dice: “te voy a dar un puntazo en la persiana” es mucho más elocuente que si dijera “voy a ubicar mi daga en su esternón”. [...] Señor Monner Sans, si le hiciéramos caso a la gramática [...] hablaríamos todavía el idioma de las cavernas. (Arlt, 1958: 153-156)

Además de los periodistas mencionados por Arlt, colaboradores del diario *Crítica*, podríamos agregar los nombres de Roberto Gache, Enrique Méndez

<sup>1</sup> Miembro de la Real Academia Española, Monner Sans abogó por el reconocimiento por parte de la institución española para términos provenientes de la gauchesca.

Calzada y Enrique Loncán, cronistas populares en *Nosotros* y *El Hogar*. Sus pinturas costumbristas contenían no sólo una sátira de costumbres, sino además un espejo en el que retratar el habla de los habitantes de la ciudad. No podemos olvidar, por otra parte, el desafío abierto por las vanguardias literarias y estéticas de los años veinte que, como ocurrió en los casos de Xul Solar y Oliverio Girondo, alentaron la innovación lingüística y coquetearon con la idea de avanzar hacia un lenguaje neocriollo (Rivera, 1992: 311-317). Los defensores de la corrección lingüística y gramatical –así, Monner Sans– parecían en franca retirada en la década de 1920 en el marco de una sociedad en ebullición como Buenos Aires, cuya población excedía el millón y medio de habitantes y contaba con una importante proporción de extranjeros producto de las grandes oleadas migratorias que recibió la Argentina antes de la Primera Guerra Mundial.

Otro de los profesores preocupados por la corrección lingüística fue Juan Selva, amigo platense del lingüista Arturo Costa Álvarez y autor de una *Guía del buen decir* que tuvo varias reediciones en la década de 1920, incluida una en Madrid. Selva acudió a la autoridad lingüística del primer director y fundador del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires para legitimar su obra:

El ilustrado filólogo español Dn. Américo Castro, en las conferencias que dio el año pasado ante el magisterio de Buenos Aires, tuvo muy buenos acuerdos para esta obra, y sólo advirtió que era incompleta en cuanto no alcanzaba a reflejar todo el movimiento del castellano hablado en la Argentina (Selva, 1925).

La obra de Selva alcanzó varias reediciones, incluso una por la prestigiosa casa El Ateneo, lo cual es sintomático de la creciente preocupación por la cuestión lingüística. Se sumaban a la labor emprendida a través de los manuales de urbanidad que no sólo enseñaban reglas de cortesía en la conversación, sino que transmitían las reglas básicas para preservar la “corrección en el lenguaje”. Se le prestaba especial importancia al manejo de la lengua hablada, puesto que la oralidad era clave en la vida de las grandes urbes y podía ser reveladora de estatus, origen y posición social del hablante. Se recomendaba, por ejemplo, dejar a un lado las groserías, así como también los barroquismos y expresiones retorcidas:

Los principales vicios de dicción en que se puede incurrir al hablar son el barbarismo, el solecismo, la cacofonía, la anfibología u oscuridad, la monotonía y la pobreza o empleo muy frecuente de unos mismos vocablos [...] Toda persona que se respeta a sí misma proscrib[e] escrupulosamente de su conversación las expresiones groseras, triviales, indecorosas. Hay que abstenerse con el mayor cuidado de semejantes expresiones, que sólo se oyen

en boca de los muchachos faltos de educación; nunca las profiere una persona que tiene cierta elevación de sentimientos (S/a, S/f: pp. 146-150).

A una persona se juzga por sus actos y por sus palabras; pero no siempre es fácil darse cuenta de aquellos, mientras que, por el contrario, basta oír hablar un rato a una persona para formar una idea bastante clara de su educación, de su cultura, de su instrucción y hasta de muchas de sus condiciones de su carácter. (S/a, 1924: 36).

No obstante, no puede decirse que a los gramáticos “nadie les lleve el apunte”, como escribió Arlt en la cita transcripta más arriba. Dos de los títulos más populares de Monner Sans gozaron de varias reediciones sucesivas. Al fin y al cabo, si el nombre de Monner Sans fue objeto de un comentario explícito por parte de Arlt en una de sus aguafuertes, es porque ese nombre era significativo para los lectores de su columna en el diario *El Mundo*; no es casual que lo mencionara, y que al mismo tiempo omitiera a los filólogos académicos. A diferencia de la obra elaborada por los universitarios, cuyas producciones iban destinadas a los expertos, Monner Sans procuró dar con su público entre los sectores medios que se aferraban a los valores del decoro, decencia y buenas costumbres, que aspirarían a una cierta pureza en el lenguaje y gozaban además de una posición social relativamente confortable:

En las páginas que siguen, consecuente, pues, con ideas profundamente arraigadas, irá un montón de palabras y locuciones viciosas recogidas, no en el arroyo adonde no baja ninguna persona culta, pero sí en el trato social, en los salones, en los ministerios, en las cámaras, en los diarios, en los libros y en los folletos, razonando las correcciones con el fin de que las acepten cuantos, por deber o por placer, corren en pos de la pureza del lenguaje. (Monner Sans, 1947)

En los años veinte y treinta, la “corrección” en el lenguaje no era un valor destinado a las elites sociales, sino que se volvió una pretensión de los sectores medios para quienes el buen decir era una herramienta para favorecer su movilidad social ascendente. En este contexto, es interesante detenernos en las producciones sobre el tema en la prensa popular, destinadas a un público menos docto, pero no por ello menos preocupado por las buenas formas. En especial, prestaremos atención a la columna “La paja en el ojo ajeno”, publicada por la revista *El Hogar*, redactada por Francisco Ortega Anckermann, bajo el seudónimo de “Pescatore di Perle”, “humorista personalísimo y a quien mucho debe el mejoramiento de la práctica de escribir entre nosotros”, según lo caracterizara el influyente escritor Manuel Gálvez (Gálvez, 2002, I: 524). La experiencia de la movilidad social tornó

urgente que en revistas ilustradas como *El Hogar* se incorporara una columna en la que se le enseñara al lector, sin tecnicismos y en lenguaje accesible, las inflexiones del lenguaje más convenientes para dar una buena impresión, los usos que mejor hacían quedar al hablante, sin atisbos de mal gusto ni sobreactuaciones, y se le señalaban además los “barbarismos” que debía evitar si deseaba quedar bien. La columna de Ortiga Anckermann que, cabe señalar, se nutría de las propias colaboraciones que los lectores le hacían llegar, constituye un prisma apropiado en el que analizar la relación entre los criterios de corrección idiomática y las transformaciones sociales en una época de avances democráticos y de presiones en pos de la movilidad social de vastos sectores de la población que, de tan intensas, se hicieron también sentir sobre la lengua.

No es casual, pues, que en la década de 1920 la lengua haya ocupado un lugar de enorme importancia en el debate intelectual (Ennis, 2019; Alfón, 2013; Glozman y Lauría, 2012; Di Tullio, 2010). Las preocupaciones idiomáticas llegaron a ser objeto de polémicas públicas, tal como la que se suscitó entre los directores del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, traídos del Centro de Estudios Históricos de Madrid, en especial, con Américo Castro en 1923 y varios de sus sucesores en el cargo, en especial, Amado Alonso (Lida, 2019; Toscano y García, 2013). Mientras los académicos se enzarzaban en batallas públicas en las que estaba en juego la propia legitimidad de su disciplina y, por otro lado, la ciudad de Buenos Aires se convertía en un hervidero en el que, gracias a la democratización cultural y social, se multiplicaban los lectores y los oyentes de radio, la revista *El Hogar* se lanzó a intervenir en cuestiones lingüísticas. Se trata de la misma revista en la que en más de una oportunidad colaboraría Jorge Luis Borges, y que también publicaría colaboraciones del propio Monner Sans, preocupado por el uso “correcto, atildado, pulcro, preciso, exacto” del lenguaje, pero no sin cometer a su vez “disparates” de todo tenor, según se burlaría de él uno de sus más furibundos críticos (García Medina, 1924: 62-64). Que el arte de hablar, estrechamente vinculado con la conversación y la cortesía, ocupara un lugar destacado en los manuales que se leían en Buenos Aires en el primer tercio del siglo XX es todo un síntoma de la importancia que tenía la cuestión en amplios sectores de la sociedad que hacían de la educación, en las formas y en los contenidos, una vía para el ascenso social. Este contexto es el que conferirá su cabal sentido a las columnas del “Pescatore di Perle” en *El Hogar*, y su continuidad luego en *Atlántida*, que analizaremos a continuación.

### El “Pescatore di Perle” en acción

La columna del periodista de origen español Ortega Anckermann en *El Hogar* se publicó ininterrumpidamente desde 1914 hasta 1934, cuando su autor pasó a dirigir la revista *Atlántida*, fundada por Constancio C. Vigil y se hizo cargo allí de una página similar, que se titularía "Errare humanum est", de tal modo que extendió su labor por durante más de dos décadas. Según la vanguardista revista *Martín Fierro*, de la que participaría (en su segunda época) el joven Jorge Luis Borges, se trataba de una "celebrada página" firmada por quien, en esos mismos años, se convertiría en el animador del "Symposium de Agathaura", un foro de escritores de vanguardia que organizaba banquetes en los que solían participar algunas de las plumas literarias de *El Hogar*, en especial, Nicolás Coronado y Enrique Méndez Calzada.<sup>2</sup>

Sobre esta base, podemos inferir que para mediados de la década de 1920 la columna de Ortega Anckermann alcanzaría un cierto éxito, o al menos una cuota de reconocimiento social, tanto es así que comenzó a ser imitada por otras publicaciones. Se incorporó una primera columna dedicada al "arte de hablar" en *Atlántida* con el fin de educar a los lectores para que no usaran "palabras gruesas en los tranvías" (*El Hogar*, 2/10/1925: 78); el diario *La Prensa* introdujo también una sección titulada "Gramaticales y filológicas", destinada a la enseñanza popular de las reglas del idioma, con un fin didáctico, pero más acartonado, dado que careció del tono irónico de las revistas de divulgación general.

En el estilo mordaz que lo caracterizaría, el *Pescatore* tomó con humor aquella multiplicación de las columnas idiomáticas en los diarios y revistas porteños de la década de 1920. *La Prensa*, *Atlántida* y *El Hogar* eran las publicaciones de masas de mayor circulación, así que no era un dato para pasar por alto:

El noble sport de la pesca de perlas se encuentra hoy en nuestra grande y gloriosa nación tan difundido, aceptado y generalizado como el football, las quinielas y la toxicomanía. Así, no se publica línea alguna que no sea minuciosamente examinada, valorada y analizada por mil Argos celosos de la pureza del idioma (*El Hogar*, 13/8/1926: 66).

Entre tantos pescadores, Ackermann debió comenzar a cuidar su lenguaje, a fin de no resultar a su vez criticado por sus pares: no faltó quien, en imitación del *Pescatore*, se dedicara a criticarlo por alguna errata que se le deslizó en sus observaciones lingüísticas. En tono jocosos, apuntó que:

Otro fenómeno que suele producirse matemáticamente [...] es la aparición regular de los pescadorcitos en la ilustrada prensa nacional. Y todos se

<sup>2</sup> S/a, "Ecos del Symposio", *Martín Fierro*, segunda época: 15/5/1924.

manifiestan casi como exactamente lo mismo: como advertidos del triste fin que les aguarda, debutan mediante un feroz brulote contra el *Pescatore*, su padre (*El Hogar*, 28/8/1930: 69)

La columna de Ortega Anckermann creció a lo largo del tiempo, lo cual también es buena prueba del interés que despertaba. De apenas ocupar un recuadro, pasó a ganar dos carillas íntegras en *El Hogar* que se nutrían, entre otras cosas, de las colaboraciones de los lectores, a los que se premiaba por remitir recortes de diarios con erratas, cuanto más escandalosas, mejor. Se intentaba transmitirle al lector que la “pesca de perlas” era todo un oficio que demandaba una cierta pericia para detectar “barbarismos” y ponerlos en evidencia. La columna se nutrió, de hecho, de la lectura cuidadosa de diarios, revistas y publicaciones de todo el país y de diferente envergadura: desde los tradicionales matutinos porteños como *La Nación* y *La Prensa*, y sus principales colaboradores, incluso firmas de prestigio, hasta los más innovadores como *Mundo Argentino* o *Crítica*, pasando por el socialista *La Vanguardia* y el católico *El Pueblo*: ninguno quedaba inmune al bisturí del *Pescatore*, que iba en busca de las “perlas” más hilarantes publicadas por desprevenidos periodistas. Revistas consagradas como *Caras y Caretas*, al igual que diferentes publicaciones del interior del país, fueron sometidas al mismo cedazo, y lo mismo cabe decir de la prensa de Montevideo, ampliamente leída en Buenos Aires. Más adelante, Anckermann incursionó en la caza de “barbarismos” en libros recién aparecidos en Buenos Aires y también en los manuales escolares. Era tan extensa la red del *Pescatore*, y tan incisiva su corrección idiomática, que no había escritor o periodista que no comenzara a cuidar su manejo de la lengua escrita. Por ejemplo, Manuel Gálvez se jactó en sus memorias de haber sido cazado por el *Pescatore* tan sólo en dos ocasiones, pero pese a ello reconoció el valor de la labor del periodista de *El Hogar*. Ni siquiera los autores consagrados se mantuvieron indemnes frente a la crítica despiadada del *Pescatore*: Leopoldo Lugones, Paul Groussac, Ricardo Rojas, entre otros tantos. Con respecto a este último, por ejemplo, Ortega Anckermann detectó un error en la monumental *Historia de la literatura argentina* en torno de la adecuada contextualización e interpretación de una obra de Francisco Grandmontagne y no omitió hacérselo saber (entre otros ejemplos, véase los recogidos en *Pescatore di Perle*, 1934: 293-294).

Pero su labor más influyente se concentró en la crítica despiadada de la prensa periódica, y ello valía incluso para las propias revistas en las que Ortega Anckermann trabajó en diferentes momentos de su carrera, *El Hogar* y *Atlántida*, que no estuvieron exentas de su cotidiana pesca de “barbarismos”, abusos lingüísticos, errores gramaticales y plagios. En un momento en que apenas existían manuales de estilo para uso de los periodistas y los editores –el único, quizás, era el de Matías Calandrelli,

*Informaciones gramaticales y filológicas de La Prensa*, que Anckermann consideraba no del todo exacto en sus apreciaciones sobre la lengua—, el periodista supo ganarse el aprecio de muchos colegas de su generación. No incursionó sin embargo en la radio ni en el cine, aunque Ortega Anckermann creía que eran unos “viveros riquísimos e inagotables” para su labor de *Pescatore*. Otro terreno igualmente interesante fueron los avisos comerciales que, en una ciudad como Buenos Aires, dadas sus dimensiones, su febril ritmo de gran urbe y su carácter cosmopolita, ritmado por la expansión de las agencias publicitarias y la sociedad de consumo, ofrecían quizás, para muchos recién llegados, los primeros textos escritos que leían en la gran ciudad. Y no siempre bien escritos, por cierto. El *Pescatore* tenía conciencia de la función social, de ahí su preocupación por pasar ensanchar el campo para su labor:

Con todo esto quiero significar que si deseamos ser útiles o queremos entretener didácticamente al gran público no debemos ir en procura de perlas a los libros antiguos o modernos, ni a las revistas literarias, sino que tenemos que corregir los dislates, los absurdos y las atrocidades que se leen en los anuncios comerciales, se oyen en la radio y se ven en el cine. ¡El campo es inmenso, la aventura no se ha intentado aún, y si sabemos desempeñarnos, en un par de años nos hacemos ricos! A la radio y el cine, sobre todo, les tengo mucha fe. Los speakers, por ejemplo, son unos viveros inagotables. Y peligrosísimos: considerad que en una sola noche enseñan a hablar a centenares de miles de oyentes, e influyen de una manera desastrosa en el lenguaje corriente del público. ¿No habéis notado cuántas personas se expresan ya con un léxico artificioso y rebuscado y hasta silabean con un tonito altisonante, como si estuvieran con el micrófono bajo las narices? ¡Y los disparates que sueltan con toda seriedad! (*Pescatore Di Perle*, 1934: 46; *El Hogar*, 17/7/1930: 69).

Nadie que hiciera de la palabra su medio de vida y de comunicación en la esfera pública quedaría inmune frente al *Pescatore*, parecía advertir Anckermann. En este sentido, no faltó tampoco la punzante crítica a los políticos, en especial, a diputados y senadores que, desde el parlamento, hacían llegar sus voces hacia la sociedad cada vez que se daba un debate de cierta intensidad. La decisión del gobierno de transmitir las sesiones parlamentarias por radio, propia de los años veinte, en un claro intento de darle visibilidad social al Congreso y sus parlamentarios, se enfrentaba al riesgo creciente del desprestigio si en el recinto parlamentario el uso del lenguaje no cumplía mínimamente con las reglas del buen decir. No es casual

que el *Pescatore* se haya detenido en este aspecto que ponía en juego la imagen social de las instituciones democráticas:

El Parlamento Nacional, animado por el excelente propósito de dar a conocer en todos los ámbitos de nuestra dilatada república todos los insultos, ultrajes, afrentas, ofensas, injurias, calumnias, insidias, improperios, denuestos, invectivas, groserías, sarcasmos, descortesías, insolencias, desvergüenzas, apóstrofes, blasfemias, imprecaciones, oprobios, contumelias, amenazas y en fin todas las palabras gruesas [...] ha instalado en su recinto la radiotelefonía. (*El Hogar*, 25/9/1925: 70).

Así, pues, la columna de Ortega Anckermann fue un neto producto de las transformaciones sociales, políticas y culturales del período que transcurrió entre el fin de la primera guerra mundial y el ascenso del peronismo, signado por el avance democrático, por un lado, y la aparición a su vez de resistencias que este mismo avance despertaría en diferentes actores sociales y políticos (Halperín Donghi, 2007). Se inscribe, claro está, en el marco del proceso de expansión de los magazines dirigidos, fundamental pero no exclusivamente, a la mujer en la primera mitad del siglo XX. *El Hogar* apareció en 1904 bajo la batuta de Alberto Haynes, y *Atlántida* fue fundada a su vez por Constancio Vigil. Se han estudiado muchos aspectos de estas revistas, en relación con la expansión del consumo, con los cambios en el papel de la mujer, y suele reconocérseles un lugar destacado en la historia de los medios de comunicación (Bontempo, 2011 y 2012); se ha señalado asimismo que además de ser una vidriera para las familias de alta sociedad que salían retratadas a través de sus páginas de eventos sociales, estas revistas eran también consumidas por crecientes sectores medios en ascenso que habrían emulado a estos últimos en ocasiones (Díaz, 1999, III: 47-87). Si las revistas contribuyeron en alguna medida a tornear los gustos, las modas, los consumos y las prácticas sociales, no menos importante fue su tarea de proyectar al público las letras argentinas —es conocida la asidua colaboración de Roberto Arlt o Jorge Luis Borges en *El Hogar* (Borges, 2000; Saïta, 2000; Juárez, 2008)—, así como también cumplieron una importante función al intentar familiarizar a los autores entre los lectores (así, por ejemplo, a través de su columna “Noticias de nuestro mundo literario” donde por medio de pequeñas viñetas se retrataba cada escritor, su obra, su mundo, sus proyectos literarios). *Atlántida*, en efecto, imaginó este mismo perfil cultivado para su “lector ideal” promedio, según puede advertirse en un aviso publicitario de la revista que rezaba: “Un lector de *Atlántida* es un hombre culto. Supóngase el caudal de cultura que se atesora en un año leyendo una revista que en cualquiera de sus ediciones ofrece un material de lectura variado, rico, ameno” (*Atlántida*, 28/10/1926: 18).

Si podemos inferir que para los sectores medios en ascenso estar mínimamente informados acerca del movimiento literario se volvía de buen tono, entonces con más razón era importante desenvolverse en la vida social con un nivel razonable de corrección lingüística y gramatical, de ahí que la columna de Ortiga Anckermann creciera tan rápidamente en estas revistas y terminara por instalarse en *Atlántida*, cuando esta modificó su formato y apostó por una mayor elegancia en su presentación gráfica. Si el lector no estaba aún lo suficientemente cultivado en cuestiones lingüísticas, podía fácilmente llegar a serlo, y nada mejor que la lectura sostenida de la columna “La paja en el ojo ajeno” para ello. Veamos pues al *Pescatore* en acción y algunas pocas muestras de las “perlas” literarias y lingüísticas que extrajo de la prensa periódica, puesto que permiten advertir algo del estilo del periodista que las recolectó y, a la vez, del tipo de público que las habría consumido.

Por ejemplo, frente a la noticia de un diario de que en Sydney, Australia, se descubrió “un yacimiento de kerosene”, Ortiga Anckermann escribe:

Todos los grandes sabios de ambos continentes sabemos que se llama kerosene, kerosina, keroseno, aceite de keroseno y querosén al petróleo refinado, al petróleo de arder. De modo que si existen yacimientos de kerosene, deben de existir yacimientos de vaselina, de parafina, minas de jabón y de queso Camembert (*El Hogar*, 4/9/1925: 70).

Otro ejemplo, en idéntico tono: “El doctor Marcelo T. de Alvear escribe en *Caras y Caretas* del 22 de octubre de 1931 que... perdurable por sus virtudes sabe ser el partido [...] porque es el órgano motriz de las instituciones”. Y dice al respecto el *Pescatore*, con el mismo tono socarrón:

Un gramático aprendiz o una buena institutriz con un ligero barniz regularmente feliz de darse así de nariz por ignorar el matiz que existe entre directriz (así como entre motriz) y el vocablo director, y el masculino motor, que emplea cualquier autor, cuando se mete a escritor —sobre todo si es doctor (*Pescatore Di Perle*, 1934: 62).

Y como simple muestra de que el *Pescatore* no tenía reparo alguno a la hora de dejar en evidencia a los autores consagrados, véase la siguiente “perla”:

Don Leopoldo Lugones publica en *La Nación* del domingo 15 de febrero de 1925 un poema solariego titulado *Mediodía*. Y es esta la única palabra que en el poema figura sin el indispensable adjetivo. Todas las demás van con acoplado, ya sea adelante, ya sea atrás. [...] Confesemos que algunos de estos adjetivos son muy exactos y felices: la salchicha lívida, el alelí jovial y el pan amigable (es decir, de mucha miga) (*Pescatore Di Perle*, 1934: 185-186).

Los errores gramaticales, como así también la falta de estilo, de sentido común y de buen gusto en la lengua, es algo más común de lo que se cree, advertía: “todos los días recibo por el correo centenares de publicaciones semejantes”. Y concluía:

Es necesario crear escuelas elementales para que todos sin excepción [...] escriban como Dios manda. Ese día terminará el teatro nacional, la política criolla, el vocabulario de los conductores de ómnibus, de los diputados, de los senadores y de los órganos quincenales de literatura social. (Pescatore Di Perle, 1934: 320).

La cuestión del lenguaje es sólo un prisma, pues, a través del cual el periodista lee en filigrana la sociedad argentina; en última instancia, es la propia Argentina aluvial la que está en cuestión, una Argentina signada por la experiencia de la inmigración, que desató las presiones democráticas de las masas y que, a la par, le dio una voz cada vez más potente a sus detractores, en especial en la década de 1930 (Devoto, 2002).

Como se advierte a lo largo de las sucesivas citas del *Pescatore*, no podemos dejar de llamar la atención sobre el hecho de que el humor aparece como un componente habitual en sus observaciones a vuelapluma acerca del estilo de escritura prevaleciente en las principales expresiones de la cultura de masas, un rasgo compartido con diferentes expresiones de la prensa popular del período, como se puede advertir en las crónicas de Roberto Gache, Arturo Cancela, Enrique Méndez Calzada, Enrique Loncán e incluso el propio Arlt (García Pérsico, 2012). En este caso, además, el humor se entrelaza con los usos del idioma: ofrece una estrategia para desacralizar las reglas gramaticales y de “buen gusto” literario, tomándolas a la chacota. Se trata de un gesto a través del cual el periodista procura presentarse a su público alejado de un rigorismo lingüístico en exceso purista, actitud que le parece más apropiada para profesores de la lengua como Monner Sans tal vez, pero no para un periodista de revistas destinadas a un público de masas que dialoga con el formato y los lenguajes de la prensa popular. Lleva a tal punto estas ideas que Ortega Anckermann se atreve incluso a emular a Francisco de Quevedo, quien en las postrimerías del Siglo de Oro español sostuvo que “en muy poco tiempo, sin maestro, por sí sola cualquiera muger se puede esperitar [espiritizar] de lenguaje”, cita que el propio *Pescatore* hace suya en *El Hogar* (*El Hogar*, 5/3/1926). Claro que la frase de Quevedo era irónica, puesto que su texto iba dirigido a burlarse de las formas refinadas, incluso rebuscadas, de hablar, que resultaban retorcidas, de mal gusto y carecían por ende de la elegancia que pretendían traslucir (Quevedo, 2003 [1798]: 471-4).

La apropiación de Quevedo por parte del *Pescatore* no es inocente en la década de 1920. La obra de Quevedo estaba siendo releída y puesta en valor en los años de expansión de las vanguardias por algunos de sus jóvenes plumas. Así, despertó la curiosidad de Jorge Luis Borges, quien le dedicó varios ensayos; para Borges, Quevedo encarnaba el atrevimiento del poeta por subvertir los cánones literarios establecidos y hacer un uso del lenguaje, en prosa y en verso, que desbordaba cualquier rígido esquema. Tenía humor y sabía hacer de la poesía un juego que nada tenía de ceremonioso. Quevedo invitaba, además, a revalorizar la lengua española. Así, contra el canon literario, Quevedo encarnaba la apuesta por la imagen y el aprovechamiento de los recursos literarios y poéticos hasta sus últimas consecuencias; contra la rigidez de las formas, la riqueza de la lengua en toda su extensión; contra la solemnidad y el arcaísmo, el juego lingüístico, el retruécano y la chacota. Escribía Borges por entonces:

La rima es aleatoria. Ya don Francisco de Quevedo se burló de ella por la esclavitud que impone al poeta; ya otro más poderoso, [John] Milton el puritano, la tachó de invención de una era bárbara y se jactó de haber devuelto al verso su libertad antigua, emancipándole de la moderna sujeción de rimar. Estas ilustres opiniones las saco a relucir, para que nuestro desdén de la rima no se juzgue a puro capricho y a torpeza de mozos. Sin embargo, mi mejor argumento es el empírico de que las rimas ya nos cansan (Borges, 2007 [1926]: 332-333).

Quevedo era para aquel Borges un maestro y un modelo invalorable: “sus descomunales calaveradas de imaginación, de idioma, de razonadísimo *disparate* [...] Todo lo revuelven e invierten”.<sup>3</sup> “Disparate” es precisamente el término que mejor resume la labor de Ortega Anckermann al frente de sus columnas de *El Hogar* y de *Atlántida*. Así quedó consignado en el libro que reúne lo mejor de “Con la paja en el ojo ajeno” y “Errare humanum est”, la *Antología del disparate*, que hizo imprimir en la década de 1930 en España, libro que vendió y publicitó en la librería Atlántida.

A través del humor y la calaverada inspirada en Quevedo, Ortega Anckermann se burlaba, más que de la ignorancia de las reglas gramaticales por parte del hablante medio de Buenos Aires, de su cursilería o mal gusto, un fenómeno que creía cada vez más extendido en una sociedad de masas en la que ciertas fracciones de la clase media impostaban su manera de hablar para tratar de aparentar un mayor nivel de cultura del que poseían (tanto es así que desconocían acabadamente las reglas del idioma).

<sup>3</sup> Borges, Jorge Luis, “Quevedo humorista”, *La Prensa*, 20/02/1927. Este artículo continúa otros trabajos recogidos en *Inquisiciones* (1925) y en *El idioma de los argentinos* (1928).

En este contexto, Ortega Anckermann hizo suyo el neologismo lugoniano de “*cursiparla*”, que enseguida explicaremos, para hacer referencia a la cursilería lingüística, problema que ya había sido señalado por Monner Sans en una de sus obras académicas más difundidas que, precisamente, reunía el más ambicioso glosario de “barbarismos” publicado hasta entonces en la Argentina. Monner Sans apuntaba, por ejemplo, no sin ironía, que por el vocablo “factor” se debe entender “*causa, origen, agente, parte, etc., [...]*” según el P. Mir un ejemplo vivo de la *cursiparla* hoy en boga” (Monner Sans, 1917: 240).<sup>4</sup> “Cursiparla” parece referir aquí a un tipo específico de “barbarismo” que según Ortega Anckermann se puede hacer corresponder con galicismos, que juzga “insoportables” por su mal gusto, cuya única función sería revelar el afán de demostrar una cierta posición social: “el extranjerismo es una de las formas predilectas del snob”, apuntaba (Pescatore Di Perle, 1934: 84 y 100). Sin embargo, los neologismos o galicismos no son la única forma posible de cursiparla. Esta corresponde a un tipo específico de “barbarismo” que no se expresa necesariamente a través de la incorrección lingüística o gramatical, fruto del desconocimiento de las reglas básicas del idioma, sino que está asociado a la utilización de neologismos cuya sola función sería que el interlocutor aparentara su dominio de una lengua extranjera, aun cuando eso implicaba el riesgo de recaer en traducciones imprecisas o adaptaciones forzadas e innecesarias de los vocablos. Claro que tampoco se debe concluir que el *Pescatore* fuera por definición un purista conservador, que se resistía por principios y por casticismo a cualquier innovación lingüística. Acerca de la visión que tienen los lingüistas puristas de la cuestión de los neologismos su mirada no era elogiosa, de hecho:

En materia de léxico, las novedades no suelen ser tan frecuentes como se supone. La infecta raza de los puristas —que son la roña viva del castellano— tan celosos se muestran de la doncellez del idioma que los celos han terminado con su poca razón y su poquísimo sentido común [...] Solemos llamar *neologismo* a cualquier disparate más o menos nuevo, a cualquier mala traducción y a no pocas faltas de gusto. Pero neologismos nuevos, es decir, palabras completamente nuevas en el lenguaje, sin antecedente etimológico alguno, sólo se han inventado cuatro en los últimos dos siglos: gas, roció, felibre y Kodak. Las otras no pasan, como he dicho, de traducciones o construcciones más o menos desdichadas. *La Nación*, por ejemplo, tiene lo que en semántica se llama *berretín lexicográfico*. Un buen día se le ocurre la adaptación *chófer* que, naturalmente, fallece por monstruosidad. [...] Y esto,

<sup>4</sup> Monner Sans hacía referencia a la obra de un jesuita español, y lingüista, autor de un compendio de barbarismos en español de amplia difusión en aquellos años donde utilizaba ampliamente el término cursiparla por vulgarismo, pero sin definirlo (Mir y Noguera, 1908).

aunque lo tolere la Academia, jamás lo ha admitido el uso, que es el supremo juez en materia de lenguaje (*El Hogar*, 20/11/1925: 78).

Quiero decir que bien está el uso, cada vez más general, de voces forasteras, pero a condición de conocerlas bien y emplearlas a tiempo: no como aquel que leyó *the time is money* y tradujo "el té que toman los monos (Pescatore Di Perle, 1934: 102).

No rechazaba *per se* los neologismos, pero sí el uso inadecuado de vocablos extranjeros, revelador del mal gusto de escritores, periodistas y hablantes, a quienes Ortega Anckermann adjudicaba un afán cursi o forzado por intentar aparentar un cierto estatus social. Así, pues, nuevamente, el meollo de la cuestión residía en el impacto de las expectativas de ascenso de amplios sectores de clase media y sus maneras de hacer uso de la lengua, lo cual nos devuelve de lleno a la idea lugoniana de *cursiparla*, una de las claves en las que leer sus intervenciones. Explica el periodista, al mismo tiempo que recoge otra de sus “perlas”:

Leo en [...] el *Diario del Plata* de Montevideo: “Caía un chaparrón de lluvia...” La simple voz *chaparrón* significa “lluvia recia de escasa duración”. ¿A qué viene pues el pleonasma? Os diré: parece ser que la palabra lluvia está en desgracia. Se la debe considerar breve y grosera por añadidura. De otra manera no me explico por qué *La Razón* de esta capital la ha desterrado de su léxico, poniendo en su lugar esta elegante perífrasis: *precipitación pluvial*. Bella expresión que va a enriquecer el acervo que Lugones llamaba *cursiparla* y que cuenta ya con vocablos tan escogidos como *nosocomio* por hospital, *odontólogo* por sacamuelas, *necrópolis* por cementerio, etc. (*El Hogar*, 13/6/1940: 74)

Y continúa:

Esto de hablar o escribir en difícil tiene gran número de cultores, sobre todo en cierto mundo. Figuraos qué negocio sería editar para esta gente un diccionario de términos rebuscados, un léxico que les facilitara la búsqueda, indicándoles que en lugar de sediento deben decir *sitibundo*, *gachón* por gracioso, *tuso* por perro, *galafate* por ladrón, *procela* por tormenta, foto por confianza, lengüear por espiar, *mirlar* por embalsamar, *cania* por ortiga menor, *pastinaca* por chirivía, etc. Pero eso sería llenar de pastinacas el campo de las letras. (Pescatore Di Perle, 1934: 324-325).

¿Qué es, pues, la *cursiparla* contra la que se rebela Ortega Anckermann, mucho más temible, aparentemente, que el popular lunfardo? Nada mejor que recurrir al propio Leopoldo Lugones en este punto. Se trata —contextualicemos— de un Lugones ya completamente desencantado con la sociedad de masas y el sufragio universal, tal como se pudo advertir en su discurso militarista “La hora

de la espada” de 1924, pronunciado en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho, revelador de un viraje hacia el nacionalismo que tenía lugar sólo dos años después de la marcha sobre Roma de Benito Mussolini. Dice al respecto Lugones

La cursilería del lenguaje, como la del vestido, consiste en la ostentación ridícula de una falsa apariencia. Manifiéstase en aquel por la predilección del término desusado e indirecto, sobre todo si es latinismo, pues el latín goza o padece, a decir mejor, la preferencia de los pedantes. Por supuesto, que a condición de ignorarlo. [...] Suele afectar, sobre todo, a las voces de la ciencia y de la técnica. Fruto clásico, por decirlo así, de la pedantería escolar, a medida que la instrucción pública decae en nuestro país [...] Con todo, la misma propensión al lenguaje cursi revela que la gente desea expresarse bien. Esto tiene que enseñárselo la escuela, y es un argumento más a favor de la Gramática: “el arte de hablar y escribir correctamente”.

[...] Sólo me queda por agregar que lo cursi anda muy cerca de lo guarango. Hay un acicalamiento de la grosería más desagradable que su tosquedad: el que llama *ungido por el sufragio popular* al favorecido de los comicios, *alumnado* a los estudiantes, *esposo* al marido y *guardián de orden* al gendarme de la esquina. (Lugones, 1931: 380-384).

La *cursiparla* tal como fue definida por Lugones nos devuelve a la dimensión social de la lengua: hablar de cuestiones lingüísticas en la década de 1920 no es indiferente a la sociedad, sus aspiraciones, las expectativas de ascenso y también la otra cara de la moneda, a saber, las frustraciones en caso de que ese ascenso no se viera reconocido según lo esperado. A través de la idea de la *cursiparla*, las columnas del *Pescatore* reflejaban semana a semana, que su finalidad no era finalidad pura y exclusivamente pedagógica (a fin de corregir los malos usos del idioma), sino que movilizaba también un afán de llevar a cabo una incisiva crítica de costumbres de los habitantes de Buenos Aires, una ciudad en la que el movimiento social y las expectativas de ascenso de las mayorías despertaban tantas expectativas como recelos. Era evidente para el cronista que la corrección lingüística expresaba las expectativas de la clase media, junto con ciertos estándares de decoro, buenos modales y urbanidad, y en esto no había quejas por parte del columnista de *El Hogar y Atlántida*. Ahora bien, cuando esos estándares se revelaban como un artificio, el *Pescatore* se revolvía contra ellos e incluso lo denunciaba para poner en evidencia una manera de hablar impostada, tomando prestada la idea de la *cursiparla* de Leopoldo Lugones.

### Palabras finales

Finalmente, la lectura de Ortiga Anckermann del habla de los porteños que anhelaban convertirse en clase media e iban en busca de reconocimiento

social y prestigio, mostraba que bastaba con una palabra fuera de lugar, por lo pedante, pretenciosa o hueca, aun cuando gramaticalmente resultara correcta, para que se sospechara que ahí no había más que pura cursilería, afectación o "falsa apariencia", según dijera Lugones. Así, pues, Ortega Ackermann cumplía una invaluable función pedagógica, en sintonía con el papel que solían jugar los magazines populares en las grandes urbes, puesto que servían de hoja de ruta y, además, contribuían a tornear el gusto y el "buen decir" de las clases medias urbanas, reafirmandolas en los valores y las aspiraciones propias de quienes se aupaban en la carrera del ascenso social. A la par, sin embargo, Ortega Anckermann llevaba adelante una implacable crítica social en la que ponía en cuestión los valores básicos en los que se funda la democracia, al menos en su dimensión social: vale decir, cuestionaba la propia idea de una sociedad en la que todos tuvieran las mismas oportunidades para la movilidad social y el hecho de que la democratización hubiera permitido que ascendieran socialmente personas que no sabían siquiera hablar correctamente y, por ende, no gozaban de respetabilidad, a tal punto que no vaciló en hacer suyas las palabras del elitista Leopoldo Lugones, acerbo crítico del sufragio universal y de la democracia.

### Bibliografía

- S/A. *Manual de Urbanidad. La vida en sociedad. Arte de hablar. Arte de escribir. Arte de estudiar*, París: Procuraduría General, s/f.
- S/A. *Urbanidad y cortesía*, Buenos Aires: Cabaut Editores, 1924.
- ADAMOVSKY, EZEQUIEL. *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión (1919-2003)*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- ALFÓN, FERNANDO. *La querrela de la lengua en la Argentina. Antología*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2013.
- ARLT, ROBERTO. *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Losada, 1958.
- ARNOUX, ELVIRA. "La perspectiva glotopolítica en el estudio de los instrumentos lingüísticos: aspectos teóricos y metodológicos", *Mátraga*, vol. 23, núm. 38, 2016, pp. 18-42.
- . *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006.
- BONTEMPO, PAULA. *Editorial Atlántida. Un continente de publicaciones, 1918-1936*. Tesis doctoral: Universidad de San Andrés, 2012.
- . "Para Tí: una revista moderna para una mujer moderna, 1922-1935". *Estudios Sociales*, núm. 41, 2011, pp.: 127-156.
- BORGES, JORGE LUIS. *Borges en El Hogar 1935-1958*. Buenos Aires: Emecé, 2000.
- . *Textos recobrados (1919-1929)*. Buenos Aires: Emecé, 2007.

- DEVOTO, FERNANDO. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- DÍAZ, CÉSAR, “*Atlántida*. Un magazine que hizo escuela”. En AA.VV., *Historia de las revistas argentinas*, tomo III. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.
- DI TULLIO, ÁNGELA LUCÍA. *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba, 2010.
- ENNIS, JUAN A., “Cuestión de matices: el idioma de los argentinos, su ciencia y sus ancestros (sobre Borges y V. F. López)”, *El taco en la brea*, 2019, núm. 10, 130-142.
- ENNIS, JUAN A., “El debate sobre el idioma nacional en la prensa argentina de la última década del siglo XIX”, en C. Marimón Llorca e I. Santamaría Pérez (eds.), *Ideologías sobre la lengua y medios de comunicación escritos: el caso del español*. Berlín: Peter Lang, 2019, 57-74.
- ENNIS, JUAN A. Y TOSCANO, GUILLERMO, “La lengua en disputa: los debates en la prensa escrita y una historia de la lengua para el siglo XXI”, *Olivar*, vol. 19, núm. 29, 2019.
- ENNIS, JUAN A., “Intervenciones sobre la lengua en la Argentina de finales de los 1920: *Babel y el castellano* (1928) de Arturo Capdevila, entre la prensa y el libro”, *Circula. Revue d'idéologies linguistiques*, núm. 11, 2020, pp.: 2-23.
- ENNIS, JUAN A., SANTOMERO, L., TOSCANO Y GARCÍA, G., *La lengua argentina. Una encuesta del diario Crítica (1927)*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2020.
- GÁLVEZ, MANUEL. *Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires: Tusquets, 2002.
- GARCÍA MEDINA, VICENTE. *Disparates no usuales pero usados por escritores de postín. Leopoldo Lugones, Ricardo Monner Sans, Ricardo Rojas. Primera Sarta*. Buenos Aires: Editorial Científica y Literaria Atanasio Martínez, 1924.
- GARCÍA PÉRSICO, ADRIANA. “El pintor de un ocaso. Enrique Loncán, entre brindis y charlas de amigo”. *Cuadernos Lírico*, núm. 7, 2012.
- GLOZMAN, MARA Y LAURÍA, DANIELA. *Voces y ecos. Una antología de los debates sobre la lengua nacional (Argentina, 1900-2000)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2012.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO. *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel, 2007.
- JUÁREZ, LAURA SUSANA. *Roberto Arlt en los años treinta*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, tesis doctoral, 2008.
- LIDA, MIRANDA. “Una lengua aluvial para la nación argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 16, 2012.

- LIDA, MIRANDA. “Entre la audacia y la medida. La revolución rusa, la revista argentina *Nosotros* y Roberto Giusti (1917-1927)”, *Izquierdas*, núm. 33, 2017, pp.: 111-134.
- LIDA, MIRANDA. *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2019.
- LIDGETT, Esteban. “La correspondencia de Monner Sans- Costa Álvarez (1920-1927): la definición de un programa de investigación filológica en la Argentina”. *VI Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística*, Buenos Aires, 2013.
- LUGONES, LEOPOLDO, “La cursilería del lenguaje o cursiparla va desfigurando el idioma lentamente”. *La Escuela Moderna*, Madrid, tomo 53, 1931.
- MIR Y NOGUERA, JUAN. *Prontuario de hispanismo y barbarismo*. Madrid: Sáenz de Jubera, 1908.
- MONNER SANS, RICARDO. *Disparates usuales en la conversación diaria y Barbaridades que se nos escapan al hablar*. Buenos Aires: PROCMO, 1947.
- MONNER SANS, RICARDO. *Notas al castellano en la Argentina*. Buenos Aires: Agencia de Librería y Publicaciones, 1917.
- PESCATORE DI PERLE. *Antología del disparate*. Barcelona, Gustavo Gili, 1934.
- QUEVEDO, FRANCISCO DE. *La culta latiniparla* (1798), Alicante: Biblioteca Virtual de Miguel de Cervantes (2003).
- RIVERA, JORGE B. “Xul, Gironde: la creatividad lingüística”. En AA.VV. *500 años de la lengua en tierra argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación, 1992.
- RIVERA, JORGE B. “Roberto Arlt: el problema de la corrección”. *500 años de la lengua en tierra argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación, 1992.
- SAÍTTA, SYLVIA. *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- SELVA, JUAN B. *Guía del buen decir. Estudio de las transgresiones gramaticales más comunes*. Buenos Aires: Librería de A. García Santos, 1925.
- TOSCANO Y GARCÍA, G. “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946)”, *Filología*, núm. 45, 2013, pp.: 143-172.
- VENIER MARTA ELENA (ed.). *Crónicas parciales. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*. México: El Colegio de México, 2008.